( EMMANUEL BUCH , 19/08/2011) Bueno, pues a mí me gustan las Jornadas Mundiales de la Juventud católica que se celebran en Madrid. Aunque sólo fuera por la estética urbana de estos días. Me gusta ver en una ciudad degradada moralmente como Madrid a decenas de miles de adolescentes y jóvenes entonando canciones cristianas, vistiendo camisetas con textos bíblicos impresos, haciendo sus catequesis y rezos en los parques de la ciudad, y exhibiendo símbolos cristianos por las calles. No comparto la visión sacramentalista que tienen estos jóvenes de la fe cristiana, ni la preeminencia del Obispo de Roma, ni otras muchas cosas de su dogma y su práctica. Por eso no soy católico, claro.

Ni siquiera soy ecumenista porque mis prioridades ministeriales van en otra dirección. Pero no soy anti-católico y menos aún considero enemigos o adversarios a los creyentes católicos; de hecho, conozco a algunos que son para mí un ejemplo de carácter cristiano cuyas vidas giran alrededor de la gracia de Cristo. En cualquier caso, después de oír y leer tantas críticas a la JMJ y la visita del Papa a Madrid, me parece que sigue pasando desapercibido un elemento clave en esta polémica.

Unos critican los recursos públicos que se han invertido en estos actos e incluso los gastos que originan en seguridad pública o limpieza. Pero olvidan que también se dedican anualmente recursos públicos para las actividades alrededor del Orgullo Gay y con ese motivo se cortan calles y avenidas de nuestra ciudad. Pocos han dedicado escritos a esas manifestaciones que, en mi opinión, son una apología de la promiscuidad más zafia; así lo veo yo aunque resulte políticamente incorrecto. Por lo demás, algunos de lo que se rasgan las vestiduras por las subvenciones y ayudas a la JMJ deberían “tentarse la ropas” antes de insistir en esa dirección. Y de gastos en seguridad o limpieza sabemos bien los madrileños tras cada derbi o celebración futbolera, seamos o no aficionados de esa “religión” mayoritaria.

Otros lamentan que el dinero gastado por los participantes de la JMJ no lo hayan dedicado a los desfavorecidos del mundo. Pero podrían hacer esas mismas reclamaciones cada semana frente a las taquillas de los estadios de fútbol. Y quienes hemos gastado veinte o treinta euros en las entradas para el próximo concierto de Hillsong en Madrid podríamos haber renunciado a ellas y entregar su importe a los hambrientos de Somalia. Rebajar el debate a simplezas de ese calibre es una ofensa a la inteligencia.

Para mí, la cuestión de fondo de las protestas no es la financiación pública sino otra bien distinta que se ilustra con las declaraciones de un “progresista laico” a quien pude escuchar tras su manifestación contra la JMJ y la visita del Papa. Decía que había estado gritando sus consignas frente a un grupo de jóvenes católicos y que éstos le habían respondido poniéndose a rezar. “¡Eso es una provocación!”, concluía. Es sólo una anécdota pero a la vez resume el sentir de una parte significativa de la sociedad española que puede definirse como un anti-teísmo que va mucho más allá de un problema de tráfico o de una subvención, una corriente de resentimiento contra el cristianismo, una cristofobia irritada que hace insoportable a quienes la padecen la presencia pública de lo cristiano, de uno u otro signo. Y en este punto me parece de una ingenuidad angelista pensar que los evangélicos podemos “aprovechar” el momento y presentarnos como la “alternativa guay”, cristianos pseudo-progres, reciclados y de buen tono. Porque del mismo modo que las olas de un tsunami no distinguen entre buenos y malos, el resentimiento contra lo cristiano en nuestro país no atiende a matices teológicos. Sencillamente, a una parte de los españoles les molesta la expresión pública de todo lo cristiano, les revuelve las entrañas como no lo hace ninguna otra creencia religiosa, política, deportiva o mediopensionista.

La iglesia católica tiene buena parte de responsabilidad histórica en ese sentimiento que ha alimentado su (lamentable) testimonio en décadas pasadas pero, en mi opinión, las raíces van más allá. Puede parecer un exceso espiritualista pero estoy convencido que vivimos una confrontación directa entre la luz y las tinieblas, el Reino de Dios y el reino del Adversario, la verdad de Dios y la mentira rebelde del ser humano. Cada vez se hace más patente entre nosotros esa tensión, cada vez es mayor la resistencia al Evangelio en cualquiera de sus expresiones, aún la más imperfecta, más allá de invocaciones huecas a la tolerancia o al respeto a la diversidad.

Creo que si ignoramos ese componente espiritual no podremos hacer un diagnóstico completo de la realidad. Y aunque sólo soy pastor de una iglesia local me atrevo a sugerir modestamente que nuestra aportación a la sociedad española como evangélicos no pasa por enzarzarnos en debates menores o en polémicas con otras confesiones cristianas; dejemos que Dios en su misericordia trate con cada persona que le invoca de corazón e ilumine su vida con Su verdad. Nuestra tarea central, me parece, tendría que seguir siendo buscarle nosotros a Él de tal manera que podamos no sólo creer con precisión teológica sino experimentar en plenitud el

carácter del nuevo hombre en Jesucristo por el poder del Espíritu Santo, alentar comunidades “de contraste” en las que se refleje con nitidez el aroma propio del Reino de Dios. En definitiva, proclamar experimentándolo el poder del Evangelio de la cruz para salvación, para restauración y para transformación de todos y de todo. Quizás sea por pereza pero a mí todo lo demás me parece que sólo es ruido.

Autor: Emmanuel Buch Camí

*© 2011. Este artículo puede reproducirse siempre que se haga de forma gratuita y citando expresamente al autor y a ACTUALIDAD EVANGÉLICA como fuente.*

*{loadposition buch}*